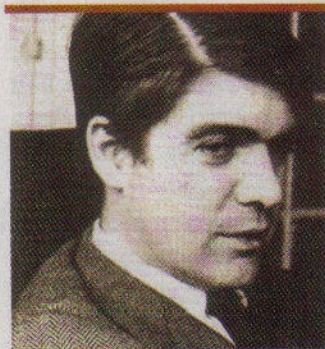


En 1963, Juan García Ponce publica dos libros de cuentos: *La noche e Imagen primera*. A diferencia de lo que ocurrirá en sus obras posteriores (salvo *La invitación*), en el primero prevalece una visión negativa. El autor advierte un cambio radical de su visión del mundo. Los relatos de *La noche* —sostiene— “están animados por una visión del mundo que puede y debe considerarse negativa”. Ni el final de los textos es «feliz» ni hay solución a conflictos. Los temas son la muerte (“Amelia”), la separación de los amantes (“Tajimara”) y la locura (“La noche”). A partir de sus siguientes obras, sin abandonar sus preocupaciones, se ofrece “otra visión del mundo”, y poco a poco llegará a la convicción de que el oficio de escritor “debe aplicarse a mostrar la bondad de formas de vida condenadas por la sociedad, por la moral [...] Mis obras recientes se apartan de *La noche* en este sentido”.

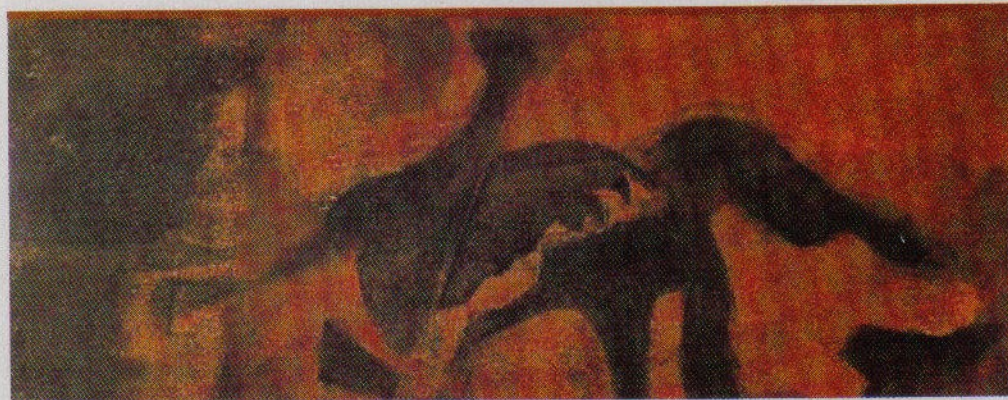
En conjunto, las narraciones de García Ponce son herederas de un *arte erótica* que no implica la ciega aceptación de juicios morales o normas de conducta. Habría que colocar esas normas en el ámbito cultural del lector (o de ciertos lectores) y en el de los personajes que las acatan, como el narrador del cuento que le da título al libro: “La noche”, quien, al igual que su esposa, se escan-



Cincuenta años después

“La noche”, de Juan García Ponce

JUAN ANTONIO ROSADO



daliza con la idea de divorcio. Por cuestiones de espacio, me centraré sólo en este cuento. Allí, el Sr. Guzmán se ubica en el seno de una moral convencional: mira desde el lado apolíneo, desde un sistema luminoso de saber que no admite desorden, pero a la vez siente atracción por el lado oscuro, dionisiaco, irracional, y genera preguntas que acompaña con la sensación de horror y miedo. Es el miedo al *otro*, a lo que escapa de la racionalidad normativa, de la tradición, de las convenciones, a las

que este hombre (Guzmán) se ha vinculado desde su infancia en provincia.

El narrador considera que la historia de cualquier personaje desemboca en el horror. Esta palabra sugiere una imagen y no en primera instancia un estado inte-

Hay una amenaza contra el reino del orden.

Intrigar es generar interrogantes. Eso hace el narrador al no expresarse con claridad sobre los hechos: oscurece y torna ambiguo su lenguaje, siempre inclinado a la negatividad. Incluso al final, permanecemos con interrogantes en torno a la posible, probable o real triangulación del deseo. La

una vez que nuestro mundo ha sido manchado por una culpa cuya misma subjetividad hace imborrable”.

En algún lugar de su obra, Nietzsche sostiene que la inocencia es no saber lo que es inocencia. El inocente no conoce lo que es ser inocente porque este estado implica la ausencia de bien y de mal. El ser se ubica *más allá* de esas categorías, que son culturales y, por tanto, relativas y ambiguas. Hacer el mal puede implicar un bien (para quien lo hace y aun para otros), y a veces el bien puede traer males como consecuencia. No se trata de categorías inamovibles, de edificaciones sólidas, sino de conceptos que obedecen a un individuo educado en un sistema determinado de valores. Por ello, el Sr. Guzmán capta el mal donde hay un desorden que no comprende.

La noche es el no-saber y el final del cuento pretende ubicarnos en este no-saber. La locura es fenómeno nocturno. Se cumple lo que Villaurrutia sostiene en «Nocturno miedo»: «La noche vierte sobre nosotros su misterio», así como la concepción de Novalis, para quien fuera del tiempo y del espacio, se halla el imperio de la noche. Precisamente porque todo puede ocultarse y confundirse, la noche es por excelencia el reino de la ambigüedad, pero no exento de placeres. ✪